

“Agitao”, jodedor, chispeante y...

Por MARTÍN AURELIO CORONA
JEREZ

Fotos tomadas de sitios digitales cubanos

“Se jodió el americano”, gritó, riendo, un joven cubano, cuando amanecía en la Sierra Maestra y Herbert Matthews, jefe de la plana editorial de **The New York Times**, resbaló y cayó acostado en el arroyo Tío Lucas. El anfitrión tendió su derecha para auxiliar y el extranjero se incorporó con gestos casi juveniles. El caribeño respiró aliviado.

Era 17 de febrero de 1957 y el periodista norteamericano caminaba hacia la finca de Epifanio Díaz, en Los Chorrros, al sur del Purial de Jibacoa, para sostener una conversación histórica con Fidel Castro Ruz.

El incidente quitó un poco de tensión a los nervios de Felipe Santiago Guerra Matos (Guerrita), chofer y guía en el tramo Manzanillo-Sierra Maestra, último de la legendaria gira reporteril.

Guerrita nació, el 1 de mayo de 1927, en el caserío de Cayo Espino, a 30 kilómetros de la ciudad mencionada y a alrededor de 10 de la hacienda del amigo Epifanio, y falleció, debido a insuficiencia respiratoria aguda, el 10 de febrero de 2024.

Fue el décimo de los 14 hijos (nueve varones) de Batilde y Eduardo, quien tenía finca ganadera llana, de siete caballerías, en Cayo Espino, y otra menor, cafetalera, en Montería, más arriba de El Jíbaro, en el firme de la Sierra Maestra.

Describía al padre como “un campesino con dos vocaciones principales: cultivar la tierra y hacer hijos”.

Conocedores de Guerra Matos lo consideran hiperactivo, típico criollo jodedor, raudo para dar respuestas verbales ingeniosas y para resolver dificultades, además de valiente, firme e impetuoso combatiente revolucionario, todo lo cual ayudó a forjar una rica historia, recogida en libros, publicaciones periódicas, la memoria popular y otros soportes.

Su compañero de luchas, Manuel Enrique (Quique) Escalona Chávez, relató que, al salir de la ciudad con Matthews, una patrulla paró el carro y Felipe fue indicándole al guardia: “Este es un americano rico que quiere comprar una arrocera; el que está sentado a su espalda es el funcionario del Banco, para certificar la compra” y mirando hacia René Rodríguez (expedicionario del yate Granma), dijo: “¡Ah!, y este feo no sé ni qué hace aquí”. Aquello provocó una risotada que Guerra Matos aprovechó para arrancar e irse.

Tras los acontecimientos del 26 de julio de 1953, participó en la lucha clandestina, secundado por los padres, varios hermanos, la esposa (Hortensia Torres Conesa, alias Tata) y parientes. A favor de la Patria, utilizó cuanto poseía, incluyendo la vivienda, el pisicorre Willy, fincas familiares y de amigos, medios pertenecientes al molino arrocero que administraba, partes significativas de su elevado salario e importantes relaciones con personas respetadas en las instituciones gubernamentales.

Conoció a la Heroína Celia Sánchez Manduley en un momento muy singular, porque, el 2 de diciembre de 1956, en Campechuela, para escapar de quienes la habían detenido, ella se arrastró en un marabuzal. Días después, en Man-



zanillo, al verla por vez primera, Guerrita le preguntó, con su habitual desparpajo: “¿Te fajaste con un gato?” y ella sonrió, olvidada, momentáneamente, del dolor y la fiebre.

Una de las misiones encomendadas por aquella mujer delgada y audaz, fue el traslado hacia la Sierra Maestra, mediante la finca de Epifanio Díaz, de ocho combatientes, entre ellos Adalberto Pesant, jefe del Movimiento 26 de Julio en Manzanillo, Juventino Alarcón y Julio Zenón Acosta. Estos hombres, recordaría Guerra Matos, subieron en diciembre, con armas, balas, uniformes, hamacas, capas de nylon, botas y medicinas, para ellos y para otros.

Frank País, jefe del Movimiento en Oriente e integrante de la Dirección Nacional, al apreciar la intranquilidad permanente del muchacho de Cayo Espino, lo apodó “Agitao” y, además, le daba consejos diversos, uno de los cuales era que tratara de ganar la confianza de militares batistianos.

La treta permitió que, por ejemplo, para sacar un paquete comprometedor de la estación ferroviaria manzanillera, Guerrita invitara a dos policías, les pagara comida y bebida en un reservado, colocara el bulto en el pisicorre, retornara los supuestos amigos a su jefatura y llevara lo recibido al lugar indicado.

Siempre hay riesgos: el citado 17 de febrero de 1957, después de regresar de Los Chorrros, Celia Sánchez, Armando Hart, Vilma Espín y Haydée Santamaría disfrutaban de un arroz con pollo, en la casa citadina de Felipe Santiago, una pareja de la Guardia Rural tocó fuerte-

mente a la puerta y el anfitrión volvió a mostrar su agudeza mental.

Según contó, les dijo a los uniformados: “¡Coño!, ¿ustedes desconocen que a la gente de dinero no se les molesta cuando está comiendo?” y, viéndolos turbados, añadió: “Vayan para la jefatura, yo les mando el paquetico para allá”. El les había prometido un saco de arroz.

Dirigido por los líderes Fidel Castro, Frank País y Celia Sánchez, Guerrita resultó uno de los más brillantes y efectivos enlaces y mensajeros del Ejército Rebelde, en cuyas filas, igualmente, fue combatiente, realizó tareas jurídicas y de otros tipos, y alcanzó el grado de capitán.

Sobresaliente fue evaluada su intervención en el traslado de alrededor de 50 hombres desde la finca La Rosalía, en Manzanillo, hasta las inmediaciones del más famoso lomerío cubano. Como parte de la operación, históricamente denominada El Marabuzal, por el lugar usado para preparar el contingente, “Agitao” recibió en su hogar a casi todos los implicados y, para evitar sospechas, celebró, varias veces, el cumpleaños del hijo. También llevó los camaradas al singular escondite, escogido por Celia, a unos 500 metros de la cárcel municipal, a 10 kilómetros de la ciudad y en la orilla de la carretera que conduce a Yara.

Las armas para los futuros rebeldes llegaron de Santiago de Cuba, en la cama de un camión, debajo de centenares de naranjas. El chofer, Frank País, vino acompañado por su ayudante en el claudestinidad, Bebo Hidalgo, y de Juan José Otero, dueño del vehículo.

Cuando pararon frente a la casa de Guerrita, este inició un diálogo más que jodedor, con Otero, quien no lo conocía:

-¿Qué, venden las naranjas?

-No, no, ya tengo un medio trato para vender la libra a ocho reales, contestó el visitante, evidentemente nervioso.

-Te las pago a peso, si me las bajas aquí mismo.

A Otero por poco le da una “sirimba”, diría Guerrita, muchos años después.

Frank, encabronado, intervino: “Coño, Agitao, tú siempre jodiendo. ¿Cómo vas a hacer bromas con cosas tan serias?”

Finalmente, los fusiles fueron descargados en un almacén del molino arrocero; por la noche, sobre un carro de botar desperdicios, los llevaron hasta El Marabuzal y, luego, vendieron las frutas en el centro de la ciudad.

A fines de mayo de 1957, Guerra Matos mandó a buscar, cerca de Cauto Cristo, en un camión con arroz sin descascarar, armas, balas, mochilas, botas y uniformes, pertenecientes a 10 revolucionarios decididos a combatir en las montañas, entre ellos el futuro Comandante Delio Gómez Ochoa.

Después de reunirlos en un almacén, donde se pusieron los uniformes, montaron en el pisicorre y en otro vehículo, con fusiles en las manos, pasaron frente a la jefatura de la policía, llegaron al cementerio, enfilaron rumbo a Cayo Espino y al otro día estaban en plena serranía.

Gómez Ochoa no olvidaría que, mientras se acercaban al centro urbano, el atrevido guía les dijo: “No se preocupen, que esta gente no puede sospechar, porque nadie hace estas cosas”.

Guerra Matos acogió con entusiasmo numerosas responsabilidades después del triunfo. Una de las más notables fue la de director general de Deportes, en la cual comenzó a sentar las bases para que Cuba deviniera potencia mundial en la actividad del músculo.

El 14 de enero de 1959, alguien le preguntó qué sabía de deportes y él volvió a responder con rapidez y firmeza: “Nada, pero de guerra no sabíamos nada y la ganamos”.